

bia prevenido, te hiciera depositaria de su mismo augusto y divino Hijo: partiese contigo, por expresarme así, los derechos de Paternidad y te eligiese para sacerdotiza que ofreciéndole el pingüe, suave y aromático sacrificio que prefigurado muchos siglos antes por los innumerables que se celebraban en el Templo de Jerusalen, era el único que podía aplacar su cólera, satisfacer su justo rigor, y llenar el mundo de bendiciones.

Empero cuando el gran prodigio de la Concepcion en gracia de María Santísima, es hoy un dogma de fé ¿qué necesidad tenemos de aducir mayor número de pruebas en demostracion de tan consoladora verdad? Fijémonos pues tan solo en la contemplacion del lleno de gracia que en tan feliz instante recibió tan privilegiada criatura, y de este modo al tiempo que cumpliéremos lo ofrecido, nuestro espíritu se recreará santamente y bendeciremos al Todopoderoso que hizo con la Señora cosas tan grandes, sublimes y maravillosas. Sin temeridad, tratemos de contemplar al Altísimo concibiendo desde la eternidad en su divina mente el proyecto de esta obra admirable de su diestra.

En efecto, Dios poseyó á María en el principio de sus caminos y antes que hubiese hecho cosa alguna en el órden de la naturaleza. Aun no existian los grandes y profundos abismos, y ya estaba gloriosamente concebida: las fuentes no brotaban sus aguas: la grave y corpulenta mole de los montes aun no se levantaba de la tierra, no se conocian sus collados, y ya era singular su generacion: no desembocaban los rios en anchurosos mares: tierra no habia, ni aun polos sobre que estribase el orbe, y el alma de María ya

estaba concebida en la divina mente. Cuando meditaba el Omnipotente en la estructura de los cielos: cuando con cierta ley y giro formaba vallados el abismo: cuando aseguraba el equilibrio de los aires, y nivelaba el de las aguas: cuando señalaba límites al mar, ordenando á sus corrientes que no los traspasasen; cuando delineaba en fin, y establecia la base y centro de la tierra, ya María estaba en su presencia: ya el Señor se complacia en ella (1).

¿Qué alma fué jamás favorecida con predestinacion tan singular? Ella es el recreo del Hacedor Supremo en toda la eternidad. Empero fijémonos ya en el tiempo, en el instante mismo en que el Eterno lleva á cabo la realizacion de su obra. ¡Oh! ¿Quién es esta que sube del desierto de la naturaleza, (2) que burla sus límites y se eleva llena de delicias, reclinada sobre su amado que la favorece? Porque delicias llama San Bernardo á la plenitud de gracia que la acompaña desde el instante de su formacion. No era posible, señores, edificar la primera piedra sobre la que se habia de levantar el hermoso edificio de Sion, sin que igualase su gracia, con el sublime esplendor de su destino. El alma de María, primera piedra en la fábrica del templo del Señor no podia carecer del lleno de gracia que exijia honor tan singular y extraordinario.

Que admirable contemplamos al Altísimo sobre su alcázar de gloria, sentado en su carro de fuego, ordenando las gerarquías y coros angélicos, para que le adoren y les sirvan de ministros. ¡Qué na-

(1) Prov. cap. VIII.

(2) Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Cant. cap. VIII. v. 5.

turalidad tan privilegiada la angélica! No bien la cria, ya le infunde la gracia, dice San Agustín. A poco cria al hombre formándole á su imagen y semejanza, adornándole con brillantes destellos de su inmensa hermosura. Cuando es llegada la época de la Reparación, forma el Señor el alma de su Precursor y la envuelve en su gracia, resultando ser el Bautista el mayor entre los nacidos de mujer. Pero detengámonos, señores, pues no hay lugar á comparaciones; cuatro palabras nos demostrarán que María es superior á toda criatura: que ella sola recibió el lleno de la gracia: que no conoce superior fuera del mismo Dios. Los santos no recibieron cuanta gracia pudieron recibir: estuvieron en peligro de perderla mientras fueron viadores y algunos la perdieron recobrándola con ásperas penitencias y amargas lágrimas. El Bautista no la recibe en el momento de ser concebido, sino seis meses después, y si bien el primero de los hombres, la recibió en su inocencia, la disipó con la velocidad del relámpago, y si los ángeles la recibieron en el momento de su creación fué con reserva y no en toda su plenitud, como enseñan los maestros de la mas sana Teología.

¿En dónde pues se hallará toda la plenitud de la gracia? Tan solamente en María. *In me omnis gratia viæ et veritatis*. La gracia que previene, la que opera, la que consuma: la gracia de la vida activa y contemplativa, la gracia de la vida, la de la doctrina y la justicia acompañaron á María en su Concepción, porque en ella espera el mundo su vida y su virtud: *Omnis spes vitæ et virtutis*. Acabemos, señores. El Omnipotente derramó sobre el alma de

María al formarla, no solamente toda la plenitud de la gracia santificante, sino tambien todas las llamadas por los Teólogos *gratis datas*. Ni los ángeles del cielo, ni Adán en la tierra pudieron recibir tanta gracia como María, siendo así que como dice el angélico Santo Tomás, á cada uno dá Dios la gracia, segun la dignidad á que le destina. ¿Es por ventura superior la dignidad de los ángeles que ven á Dios y continuamente le adoran en las alturas, que la de María que fué su Tálamo escogido? ¿Puede haber algun destino, no digo superior, pero ni que se asemeje al de la criatura que es Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Templo y Sagrario de toda la Beatísima Trinidad? Con razon la señora, exclamara un dia en presencia de la madre del Bautista: *fecit mihi magna qui potens est*. El que me crió hizo conmigo cosas verdaderamente grandes. Sí: Dios en su poder inmenso dió á su Madre cuanto pudo darle: reunió en ella cuantas gracias se dignó repartir entre las demas criaturas. La pureza de los ángeles, la escelencia de los arcángeles, la magestad de los tronos, la actividad de las dominaciones, la grandeza de las potestades, la ciencia de los querubines, y el encendido amor de los serafines: la fé con que adornó á los Patriarcas, el espíritu de los Profetas, el celo de los Apóstoles, la constancia de los Mártires, la modestia de los Confesores, y el candor de las Vírgenes; todo viene á reunirse en el alma de la augusta María como en vasto Occéano. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho; por la dignidad que habia de enaltecerla: porque estaba destinada para precioso trono de la Divinidad.

¿Y qué cosa mas justa que ser de tal modo ensal-

zada y enaltecida la criatura, sobre la que el Espíritu Santo habia de venir, no ya en forma de lenguas de fuego, como mas tarde sobre el colegio apostólico, sino real, verdadera y personalmente para obrar inmediatamente en ella una operacion toda divina, elevando su cuerpo y alma á un poder milagroso aun en el orden de la gracia? Una mujer á la que el Eterno Padre habia de hacer en algun modo participante de aquella paternidad divina que es incomunicable y como el origen de la divinidad misma? Una mujer en suma que por naturaleza y oficio habia de unirse estrechamente al Verbo Eterno, para que de ella naciese el Santo, Hijo de Dios que vendria á redimir el mundo? Esta mujer, señores, tenia necesariamente que ser libre del pecado original recibiendo en su Concepcion, toda la plenitud de la gracia. ¿Cómo podria contraer mancha alguna cuando es como la llama San Agustin la Co-redentora destinada á borrarla con su sangre, que es la misma que despues Jesucristo derrama? ¡Ah, señores! Digámoslo de una vez. María es un cielo nuevo donde se dignó habitar toda la plenitud de la Divinidad. Un tabernáculo manchado no hubiera sido digno de Dios. Si María hubiese nacido manchada, hubiese sido algun tiempo como los demas hombres, esclava del demonio: ¿y seria posible que la Providencia, siempre sabia, diese Madre impura á un Verbo puro, Madre esclava del diablo á un Verbo Hijo de Dios? Me horrorizo al oirlo, decia San Cirilo: increíble es que Dios lo quisiera; escribe San Bernardo. La bienaventurada Virgen María, ha dicho solemnemente la Iglesia docente, infalible en sus decisiones: la Beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepcion, fué preservada de toda mancha de

culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano. Y si alguno presumiese intentar siquiera infringir esta declaracion, sepa que incurre en la indignacion de Dios Omnipotente, y de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Siete años hace hoy (1) que esta solemne declaracion, hecha bajo las bóvedas del augusto Vaticano, llenó de gozo al mundo católico. Las generaciones de cerca de diez y nueve siglos habian saludado bienaventurada á la Madre de Dios: sus glorias vienen cantándose sin interrupcion en todos los pueblos cristianos, cumpliéndose al pié de la letra el anuncio profético de la misma Señora: *Beatam me dicent omnes generationes*. Y cuando los fieles de todas las localidades la aclamaban immaculada; cuando la España, el reino Mariano por escelencia reconocia á la Señora en el misterio de su Concepcion Inmaculada por su Patrona, faltaba tan solamente la declaracion solemne que para dicha nuestra ha tenido lugar en nuestros dias. Habló Pedro por boca de su sucesor Pio IX, y alegres cánticos, y magníficas funciones, y la mas expansiva alegría, y voluntarias demostraciones del mayor entusiasmo, formaron un voto universal que mostró al Cielo y á la tierra, cuanto se interesan los corazones verdaderamente católicos en los timbres, en el honor y en la gloria de la que fué causa segunda é instrumental de la redencion de la humanidad. Gloria á Dios, loor á María: felicidad y ventura al Santo Pontífice que colocó sobre su diadema piedra tan refulgente.

(1) Predicábase este discurso el dia 8 de Diciembre de 1861.
Tomo II.

Y nosotros, amantes hijos de tan singular y favorecida Virgen, saludémosla y bendigámosla ahora y siempre, porque es la realidad de aquella María hermana de Moisés que libró á Israel de las pesadas cadenas del Egipto: la Esther llena de gracia y de modestia que sabe suspender las iras del divino Asuero Jesucristo, contra los pecadores: la valerosa é intrépida Judith que destruye la cabeza del infernal Holofernes; la Eva feliz y bienaventurada que reparó los males que á la humanidad causara la primera. Bendigamos á María en el día de su Concepcion Inmaculada, porque ella viene al mundo para romper las cadenas de su esclavitud produciendo un Redentor; y admiremos el poder, la sabiduría y la misericordia del Todopoderoso, que no permitiendo fuese manchada ni por un instante, derramó sobre ella toda la plenitud de la gracia. *Invenisti gratiam apud Dominum.*

Virgen Inmaculada, criatura feliz favorecida tan extraordinariamente por la diestra del Escelso; nosotros con el mayor gozo de nuestros corazones os felicitamos por el gran triunfo que habeis alcanzado de vuestros enemigos, con la declaracion dogmática del Misterio de vuestra Concepcion en gracia, hecha recientemente por la Iglesia docente. Que el Sumo Pontífice Pio IX, elegido por la Providencia para satisfacer las esperanzas del mundo cristiano con tal declaracion, sea objeto especial de vuestra proteccion. Libradle de la multitud de enemigos que le rodean y alcanzadle espíritu de fortaleza para que como hasta el presente siga defendiendo con valor los derechos de la Iglesia Santa, guiando con serenidad el timon de esta mística nave por medio del borrascoso mar de las persecuciones. Favoreced tambien á esta na-

cion española, tan estusiasta por vuestras glorias y que en el Misterio de vuestra Concepcion en gracia os reconoce por Patrona: amparad á nuestros monarcas, rogad por el clero, interceded por el pueblo, favoreced al devoto sexo, de modo que ninguno se esconda del calor de vuestra caridad. Que todos, en suma, esperitemos vuestra proteccion en la tierra, y que despues de los dias de nuestra peregrinacion, y en vuestra compañía, disfrutemos de las delicias del cielo. *Amen.*